

volviéndole á recoger con las astas como un juguete.

Al mismo tiempo monteros echaban en la arena tierra, mientras que las gentes y criados de Lauzun restañaban la sangre de la vaca y la daban de beber en un cubo de plata.

¡Ay, la valiente bretona estaba herida en un costado, y sin duda no debería volver á levantarse mas!

—Y ahora, señor de Lauzun, le dijo uno de los cortesanos, ¿quereis apostar todavía por esa vaca rabiosa?



Los palacios de Versalles.

—Si, señor, repuso Lauzun, ahora apuesto diez contra uno, á que la vaca no dará ni un paso hácia atrás. La soltaremos el leon y el lobo los dos juntos, y si no la han devorado antes de dos minutos con el reloj en la mano, ¡mi vaca y yo podremos cantar victoria!

Esta vez, pues, habiéndose soltado al mismo tiempo el

lobo que el leon, la vaca inmóvil en su rincon vió al lobo adelantarse lentamente... á paso de lobo propiamente, contra la vaca medio muerta. Tenia ésta todavía levantada la cabeza, empero, sus hermosos ojos brillaban con un fuego apagado. Como el lobo se hallaba suelto y la presa le parecía demasiado fácil, presintió alguna red ó engaño y se

AÑO XXIV. 5

SEGUNDA SERIE. —1866.

paró. Por su parte el león viendo á la bretona y al lobo, debió hacer para sí este pequeño raciocinio: «el lobo va á devorar aquel animal, preciso es que yo lo mate» y de un brinco le cubrió con sus anchas patas, y con sus quijadas le hizo pedazos. Mientras que el león trataba de comprender este extraño misterio, la valiente vaca bretona sin dar un mugido cerró los ojos, dejó caer su noble cabeza y murió.

—Hemos ganado, exclamó el príncipe de Conti.

— Monseñor, dijo el señor de Lauzun, habeis perdido, hemos muerto victoriosos, sepultados en la victoria.

Y cada cual salió de aquel espectáculo calculando la enorme suma que había perdido, y pensando en la vanidad de las cosas del mundo.

El Delfín y su comitiva retrasados por aquel inesperado episodio, volvieron á toda prisa á Versalles para disculparse con el rey Luis XIV por su tardanza. Como solo hacia tres días que había nacido el duque de Borgoña, el rey se hallaba muy contento y de buen humor, y así es que no le reprendió, ni se incomodó por la función que su hijo el Delfín se había proporcionado en Vincennes, á pesar que le costaba el haber perdido dos magníficos tigres que le regalaba el rey de Marruecos.

Vean, pues, nuestros lectores, como ya desde tiempos muy antiguos el toro, á pesar de no tener la fama y la celebridad de las fieras africanas, es siempre superior al león á quien malamente y por un consentimiento general se viene dando hace siglos el título de rey de los animales.

C. DE F.

MAÑANA DIOS DIRA.

Vamos á estampar una idea que nos ha de valer anatemas sin cuento, que ha de enemistar á nuestros lectores con nuestro nombre, y ha de privar á estas líneas de toda popularidad.

Esta idea nuestra consiste en tener á la manía de los refranes por una de las mas nocivas que pueden acometer á un pueblo, y en mirar á los refranes en general, con una prevención invencible.

Hay en verdad, refranes exactísimos; lo confesamos con humildad y sin vacilación; pero á vuelta de esos contados refranes, que merecen ser considerados como sentencias de la sabiduría popular, hay muchos otros que no representan mas que antiguallas, que son pero-grulladas sándias ó errores funestos á cuya sombra se detienen el estado llano y el pueblo, por creer que todo refrán es una verdad innegable, un axioma conquistado por la experiencia, una especie de vehículo por donde llega á nosotros, sin imprenta y sin tradición, la ciencia experimental de los antepasados.

Nuestra prevención contra los refranes, se funda, pues, en la creencia de que hay muchos falsos ó inocentes; pero tiene tambien otro fundamento mas ancho, mas sólido, y sobre todo menos discutible, es á saber: ciertos inconvenientes que alcanzan de igual modo al refrán exacto que al dudoso, que son anejos al refrán mismo.

El primero de tales inconvenientes está en arrancar á la conversacion todo carácter de originalidad y de verdadera gracia, permitiendo que las personas mas ignorantes puedan espresarse sobre todos los asuntos, sin emitir una idea propia y con solo esponder ese suplemento de buen

sentido que hemos convenido en hallar dentro de cada refrán. Esta contra de los refranes, no necesito yo demostrarla; está ya manifiesta y patente en la obra inmortal de Cervantes, pues aunque pretendan otra cosa algunos comentadores estraviados, Sancho Panza con su interminable cáfila de refranes, no es la representación del sentido práctico popular; es al contrario, la síntesis, el tipo de lo ignorante, de lo inconsciente, siempre perplejo entre el atractivo de una fantasía pródiga de promesas halagüeñas y una práctica llena de advertencias desagradables.

El inconveniente á que aludimos, puede comprobarse tambien con la somera observacion de la sociedad contemporánea.

¿Quién usa y abusa de los refranes? Los lugareños, las viejas, los menestrales, la gente que no ha podido y la que no ha querido aprender otra cosa. No los hombres de ciencia, ni las jóvenes inteligentes, ni los artistas; en una palabra, ninguno de los que tienen en la mente cosecha propia y si solo los que viven de la agena. Ponga cada lector la mano en el pecho y diga si se atreverá á lanzar tres ó cuatro refranes cuando requiebra á un ministro para alcanzar un destino, ni cuando aparece, con la aureola de su corbata blanca en los salones de una condesa. No; el refrán supone y como que exige oyentes vulgares, sencillotes, casi rústicos.

Este es su primer inconveniente.

El segundo, mas grave y mas trascendental, se alcanza con solo pasar del individuo á la colectividad, y de los ciudadanos á la nacion que componen.

El refrán, usado por un hombre, le caracteriza con cierto sabor de subalterno y de anticuado; usado por un pueblo le rebaja y perjudica mucho mas.

En efecto, ¿cuáles son los pueblos productores y por decirlo así, los países clásicos del refrán?

El árabe, el chino, el persa: todos pueblos primitivos y parados hace siglos en la senda del progreso. De Inglaterra, de los Estados-Unidos, de las naciones que nos aventajan en civilización, apenas puede importarse media docena de adagios. Juzguen vds. por ende si un pueblo que cultiva y multiplica con amor sus refranes, debe considerarse *ipso facto*, como rutinario y moroso. Parece como que las naciones saturadas de refranes, se juzgan ya bastante ilustradas y se hacen refractarias á toda novedad, ó lo que es igual, á todo adelanto.

Los adagios y las locuciones populares, resto inconexo de una literatura que se fué, atestiguan allí donde preponderan la falta de libros y de composiciones nacionales. Simbolizan el estancamiento y son síntomas de decadencia.

Consignada de este modo la significacion de los refranes, recordará vd., amigo lector, que la decadencia supone extravío y comprenderá vd., sin que yo se lo miente, que en la comarca en que los adagios pululan, se olviden ó se posterguen los buenos, oyéndose á cada paso los que encierran una verdad dudosa y los que son declaradamente falsos, impíos y absurdos.

Así sucede precisamente en el país en que vd. y yo pensamos, país que no menciono por un rubor natural; pero entre los estribillos que en ese país vienen repitiéndose hace siglos con una fruición creciente, ninguno se prodiga mas, ninguno nos parece mas nocivo que la famosa locución popular: mañana Dios dirá.

No queremos, ni acaso nos permiten nuestras fuerzas, hacer un análisis filosófico de esa abrumadora locución; lo que podemos afirmar sin átomo de exageración, es que si se

hubieran ejecutado en nuestra patria todos los esfuerzos aislados ó colectivos que se han omitido desde hace dos siglos á la sombra del *mañana Dios dirá*, sería hoy España la nación mas rica y mas adelantada de Europa.

Larra nos espuso, con aquel talento gráfico prematuramente arrancado á un pueblo que tanto le necesitaba, lo que vale y lo que produce el *mañana* de nuestra España. ¿Quién nos podría decir los males que ha engendrado ese *mañana* asociado con una confianza fatalista é inerte al nombre sublime de Dios?

Cuando voluntariamente dejamos un trabajo para mañana, formamos con nuestra conciencia un compromiso vago y aéreo; pero al cabo nos queda ese compromiso: cuando gastamos el último real ó perdemos la última hora de un día exclamando: mañana Dios dirá, no queda ni compromiso ni conciencia; el hombre entero desaparece en esa frase pseudo-religiosa, dejando al cielo que llene sus necesidades individuales del día siguiente.

La mayor parte de los españoles viven así, *au jour le jour*, acallando sus escrúpulos y comprando la felicidad por medio de esas palabras mágicas y tradicionales: mañana Dios dirá.

Tended la vista por nuestras aldeas, contemplad esos pobres campesinos que trabajan doce horas en el verano y apenas seis en el invierno. Penetrad en su vida íntima averiguando la causa de que no todos posean una corta porción de tierra, inquirid por que hay muchos que no tienen ropa en su cama, ni prueban la carne, ni dan á sus hijos otra cosa que sopas y pan: seguramente os hallareis con que por entonces les basta el pan y un pimiento y con que *mañana Dios dirá*.

Subid repentinamente cuatro ó seis escalones de la escala social; entrad conmigo en casa de un empleado, tipo que por desgracia es cada día mas español: miradle como llega ufano y radiante con los cuarenta duros del mes; observad como los divide en varias porciones, con el auxilio de su solícita esposa; una para el casero, otra para la manutención diaria y así sucesivamente hasta la exigua partida del aguador: ved como no basta la paga para las necesidades positivas que timidamente va indicando la cariñosa jóven y notad cómo, sin embargo, se obstina el empleado en separar algunos duros para diversiones; cómo despues de una lucha parlamentaria en que ella resiste débilmente y el combate con persistencia, se transige la cuestión, aumentando los atrasos, por medio de esta frase increíble:

—Anda, mujer, vamos hoy al café y al teatro, que mañana Dios dirá.

Tal es entre nosotros el espectáculo mas frecuente; esa es la forma con que los españoles, de todas clases y gerarquias, nos hemos propuesto devolver á Dios el cuidado del día siguiente que la Providencia inspira y debe inspirar á los racionales; pues lo curioso del caso está en que esa locucion ya no daña tan solo á las capas inferiores de nuestra sociedad, sino que se estiende y perjudica del mismo modo á las clases mas elevadas y aun á las entidades abstractas que dirigen y dominan la sociedad entera.

El aristócrata, agobiado por los acreedores, que con un ligero sacrificio podría satisfacerles en poco tiempo, aplaza siempre para lo porvenir la disminucion de sus ostentosos gastos; llega á ver mermada su dignidad y comprometido su nombre, pero conserva hasta en las últimas trincheras algun administrador que le robe, y cuando éste mismo administrador tiene que descubrirle la deplorable situación de su ca-

sa, encuentra todavía el medio de levantar nuevos empréstitos dominando la inquietud de su conciencia por el camino de París ó de la Fuente Castellana, con las palabras sacramentales: mañana Dios dirá.

Si nuestros campos no tienen canales, si nuestras minas apenas comienzan á explotarse, acháquelo vd., amigo lector, á que pueblo y gobierno vienen esperando hace años que Dios les diga mañana como han de progresar sin molestar.

Respecto á la política, sabe vd. que es proverbial en España y en el extranjero nuestro sistema de espedienteo, de transacciones, de vivir al día; y á caber en este articulo las consideraciones rentísticas, nosotros demostraríamos sin el menor chiste, antes bien con la imponente tristeza de los números, que el motivo fundamental y permanente de nuestra miseria está en la conducta de los ministros de Hacienda, los cuales repugnan todo remedio definitivo, y prescinden de todo lo radical, buscando tan solo un recurso para ganar veinte y cuatro horas.

En lo personal, en lo íntimo, en lo privado, esperamos siempre á que Dios manifieste su voluntad; calcúlese por semejante dato qué sucederá en los negocios del pró-comun. Salir del día, gravando la nación en lo futuro, con tal que no haya necesidad de plantear un criterio nuevo, ni de buscar la solución definitiva: llegar al último extremo, y cuando la necesidad se cambia en urgencia, hacer empréstitos violentos para cumplir los compromisos de cada situación y no para extinguir los del país: he ahí el sistema de trampa-adelante que seguimos en España oficial y particularmente engañando á los demás y á nosotros mismos con la esperanza de que Dios nos inspire al día siguiente.

No vemos, ¡tanta es nuestra ceguedad! que en esa esperanza y en la locucion con que se formula hay mucho de impiedad y algo de blasfemia. Ignoramos ó nos proponemos ignorar que Dios no puede hablarnos diariamente, y que aunque nos impresionara de una manera indirecta por las circunstancias de nuestra vida, lo haría siempre en el mismo sentido, infiltrando en el alma principios tan invariables y eternos, como lo es el orden de los cielos, como lo es cuanto ha brotado de la divina voluntad.

Dios dirá mañana, como nos dice ahora y nos dijo ayer, que el jornalero laborioso no tiene nunca ocasion de pasar los dias rompiendo piñones en el cerrillo del Observatorio ó en la plaza del Progreso; que si lo hace por falta de docilidad ó por arredrarse ante cualquier obstáculo esperando lo que Dios le ha de sugerir al día siguiente, acabará en San Bernardino ó en el Saladero, mientras sus compañeros van depositando en lugar seguro ahorros para soportar las enfermedades y dar á sus hijos alguna educacion.

Dios dirá mañana que haciendo política en la Carrera de San Gerónimo, se pierden lastimosamente la política y la juventud de los que por tales campos la cultivan: dirá que en las secretarías no se forman oradores ni en los periódicos y congresos hombres de administracion; que el trabajo es para la humanidad una ley ineludible, por cuya infraccion las academias suelen cambiarse en asociaciones de medianos articulistas, las artes paralizarse y tocar en la impotencia, los poderes vivir fuera de su órbita, los pueblos desmoralizarse y caer nuevamente en la decadencia de que pretendian salir.

Así está ordenado en la necesidad del progreso y en la armonía universal.

Hombre que se adormece en el vicio ó en la inercia esperando que Dios le diga, mañana otra cosa que hoy, y

que le indiqué como debe vencerse; acaba por ser víctima de su debilidad, degradándose y envileciéndose.

Esperen otra cosa los que crean que mañana nos ha de aparecer el sol por Occidente. Nosotros sabemos que el mundo desde que existe recibe la luz por el Oriente: imaginamos que así lo dejó dispuesto Dios *ab initio* y para siempre: pero después de todo, quizás la Providencia piense rectificar por no desairar á nuestros hermanos los españoles y acaso mañana dirá otra cosa.

PIO GULLON.

LAS RUINAS DEL CASTILLO DE CALDETAS,

ó

EL FALSO PRÍNCIPE DE GERONA.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

(Continuacion).

III.

Han pasado veinte años. Las discordias civiles que agitaban el condado de Gerona han desaparecido y el anciano Berenguer con su esposa Sibila de Ampurias, formaban las delicias de sus pueblos fatigados con tantos años de revueltas y agitaciones.

La condesa Sibila habia educado á sus dos hijos Alberto y Enrique, y sin saber por qué sentia mas afecto á su hijo mayor Alberto; empero ella misma se reprendia como injusta y culpable su predileccion por su hijo primogénito.

Conocia que una madre debe dividir con igualdad su ternura entre todos sus hijos. No sabia darse razon de aquella preferencia que sentia á pesar suyo. Tal vez seria porque su hijo Alberto le habia costado mas alarmas y penas en otro tiempo, cuando llevándole en sus brazos huia corriendo por montes y valles de los agentes del conde de Palas viendo amenazada de muerte la cabeza del inocente niño, así como la suya y la de su querido esposo el conde Berenguer. Conocia tambien y se culpaba de ello, porque cuando el conde le presentó á Enrique criado lejos de ella y por una mujer estraña, su corazon no habia sentido aquellos transportes que una madre debia sentir al volver á ver después de mucho tiempo á un hijo separado de ella y amagado de tantos peligros.

Los dos príncipes se habian criado en la corte del conde de Gerona y se habian hecho dignos del afecto de todos.

Alberto era un jóven tan valiente como hermoso, y Enrique se hacia admirar de todos por su piedad, su beneficencia, su inalterable dulzura; empero todas estas bellas cualidades eran efecto de un profundo disimulo, de una refinada hipocresia.

Afectaba amar cordialmente á su hermano Alberto y le odiaba en lo mas profundo de su corazon.

Aspiraba á ser el sucesor de su padre Berenguer en el condado de Gerona, y veia en su hermano un obstáculo insuperable que á toda costa se proponia destruir.

De traviesas inclinaciones, disimulado é hipócrita y alia-

do á gentes perversas, ponía continuamente asechanzas á la vida de su hermano, de las que el cielo parecia haber tomado á su cargo salvarle milagrosamente.

Enviado Alberto á la corte del rey de Navarra, con un cuerpo de tropas para tratar una alianza con el conde de Gerona que intentaba hacer una incursion por las fronteras de Francia, hacia mucho tiempo que sus padres no sabian de él y se hallaban en la mas viva inquietud, en la que afectaba tomar grandemente parte Enrique.

Aumentábase el disgusto de los condes por la tardanza de Alberto, porque el conde de Puigcerdá que habia ayudado poderosamente con las armas al conde de Gerona á recobrar sus estados, queriendo estrechar sus relaciones de amistad con éste, habia enviado á su hija doña Blanca á Gerona para que allí se celebrasen sus bodas con Alberto.

Festejada se hallaba allí Blanca aguardando la vuelta de su futuro esposo, pero á pesar del afecto con que la miraban Berenguer y Sibila, mostraba con su tristeza cuan poco satisfacía á su corazon aquella union.

Sin embargo, ocultaba cuidadosamente su secreto á los condes, habiéndole únicamente arrancado alguna indicacion de él, Enrique valiéndose de su arto disimulo.

Apenas habia descubierto, ó adivinado mas bien, el secreto de Blanca, se lo comunicó á sus padres resuelto á sacar de él provecho para sí propio, procurando cautivar el corazon de la noble inocente princesa.

Un dia en que Blanca se lamentaba de la tardanza de Alberto y mostraba sus deseos de volver al lado de su padre, Sibila tratando de sondear su corazon y tal vez recelando de Enrique, al que hemos dicho que no profesaba igual amor que á Alberto, le preguntó:

—Blanca, en las conversaciones que algunas veces noto que tienes con Enrique á solas, ¿cómo te habla éste de su hermano?

—Con el mas tierno afecto, sintiendo que la ausencia de este hermano querido, retarde la union que él desea, y que le permitirá llamarme hermana suya.

—¿Pues cómo es que Enrique ha dicho al conde su padre y á mí que tú no parecias muy inclinada á este matrimonio?

—¡Cielos! ¿eso ha dicho? dijo Blanca, levantándose toda turbada.

—Ayer mismo.

—¿Me habrá adivinado?

—¿Adivinado?... espíciate por Dios.

—¡Ah! jamás me atreveré, señora....

—Tranquilízate, la dijo con amabilidad la condesa. Nadie trata aquí de forzar tu voluntad: pero comprende que yo tengo derecho á saber toda la verdad. Vamos, habla, ¿qué significa esa turbacion? ¿no está libre tu corazon?

—Pues bien, señora, sabedlo todo. Hace algunos meses habia yo ido con la marquesa de Casa-bona mi tia á Perpignan á asistir á unas fiestas que allí se daban, cuando en el camino nos asaltaron unos malhechores dirigidos por un apuesto jóven cuyo rostro cubria un antifaz. A los gritos que lancé á vista de mis raptos se apareció allí un jóven, noble sin duda, con tres que componian su comitiva. Tomó valerosamente mi defensa, cruzó su acero con mi raptor dejándole muerto á sus piés, y puso en fuga á los malvados que le auxiliaban. No tuve tiempo mas que de cambiar con él una mirada y pronunciar balbuciente algunas palabras de agradecimiento, porque después de haberme libertado y devuélteme á los brazos de mi tia, se alejó de allí precipitadamente. La prudencia sin duda le hizo ocultarse con tanto cuidado, porque desde entonces no he vuelto á verle mas;

empero un momento bastó para grabar su recuerdo en mi alma, y creo ¡ay! ¡qué no se borrará jamás de ella! ¿No me perdonareis, señora?

—Sí, querida niña, te perdono una exaltación muy natural sin duda después de un suceso semejante. Yo espero que el tiempo y vuestro cariño la disiparán y que llegará un día en que podré llamarte mi hija. Tal vez ese desconocido no debas volverlo a ver más en tu vida. Estáte tranquila, el secreto que acabas de confiarme no saldrá jamás de mi pecho.

Abrazáronse tiernamente la condesa y Blanca, y esta pareció respirar más libremente después de haber depositado su secreto en el pecho de Sibila, que era para ella una madre, una verdadera amiga.

Pasaban los días y nada se sabía de Alberto. El conde de Puigcerdá en su ternura por Blanca no podía pasarse más largo tiempo sin su presencia. Su ancianidad y sus enfermedades reclamaban sus cuidados; deseó que su matrimonio se celebrase á su vista cuando volviese Alberto, y para esto escribió á Berenguer.

Accedieron los condes de Gerona á la marcha de Blanca, y lo dispusieron todo con la mayor esplendidez. Berenguer cada vez más desconsolado con la ausencia tan prolongada de Alberto y la incertidumbre en que se hallaban de su suerte, llamó á Enrique para hablarle de los negocios más graves de su Estado, y este disimulado hipócrita fingió gran sorpresa y con la mayor humildad le dijo:

—Padre mío, á pesar de la profunda aflicción en que me hallo por la ausencia de mi hermano, deber es mío escucharos. Considere vuestra alteza cuán poco á propósito soy para los negocios. Ni tengo ambición, ni talento. Mi hermano Alberto ha dado mil brillantes pruebas de su mérito en la guerra y en el consejo. A él la gloria, el honor de ayudarnos, á mí me basta la obscuridad en mi retiro y mostrar la mayor abnegación á vuestras voluntades.

—Pues á esa abnegación, contestó con gravedad el conde, vengo á apelar hoy.

—Mandad, pues, padre mío, á todo estoy dispuesto.

—Creo que es un exceso de modestia que te ciega, y tengo más fe que tú en tu mérito. En la ausencia de Alberto á tí te toca tomar el lugar que pertenece á un príncipe de la casa de Berenguer. Preciso es que vayas á Pamplona para enterarte de la suerte de tu hermano. Allí si ha sucedido alguna desgracia...

—¡Ah! Dios aparte de nosotros esta horrible prueba.

—Yo no hablo sino... de algún revés, no quiero pensar en otra desgracia... en ese caso, tú, hijo mío, concluirás en mi nombre un tratado de alianza con las mejores condiciones, y te traes contigo las tropas que ha llevado tu hermano en el caso de que él no se halle á su cabeza.

—Os comprendo, señor.

—Falta antes darte otro encargo. Al pasar por Puigcerdá llevarás á su padre á la joven Blanca, la prometida esposa de tu hermano.

—¡Ay! dijo Enrique, faltando á su disimulo acostumbrado.

Al notar su movimiento, se apresuró á decirle el conde.

—¿Te disgustaría acaso esta misión?

—No señor, obedeceré, contestó sumisamente Enrique.

—Tú, continuó diciendo el conde, explicarás las fatales causas que han retardado este matrimonio, y la grande importancia que yo doy á esta unión. Unidos los dos, el de Puigcerdá y yo, podemos desafiar la enemistad del mismo conde de Barcelona. ¿Quieres que te descubra todo mi pen-

samiento? Yo quiero que si mi hijo mayor, el heredero de mi trono, llega á faltar....

—¡Señor, señor, dejaos de eso, no quiero grandezas á tanta costa!

—Modera tu dolor, Enrique, yo quiero mostrar á los ojos de Cataluña entera y del mundo otro príncipe de mi sangre, digno de su hermano, y digno de mí. No te diré más en este momento. Marcharás mañana con doña Blanca, y antes te daré mis últimas instrucciones.

Y al mismo tiempo le dió á besar su mano.

Enrique se inclinó profundísimamente delante del conde, permaneciendo en aquella humilde postura hasta el momento en que Berenguer hubo desaparecido de su vista.

Entonces, al encontrarse solo, se irguió de repente, y dejó brillar en su rostro toda la insolencia del triunfo que con tantas malas artes había estado preparando largo tiempo.

Los correos que el conde, su padre, enviaba, caían uno tras de otro en emboscadas dispuestas por él. Los mensajes de su hermano, interceptados ó entregados al enemigo, jamás llegaban á Gerona. Estasiábase á la idea de que él iba á acompañar á Puigcerdá á aquella encantadora Blanca, la prometida de su hermano, aquella celestial belleza, que no había podido ver sin estremecerse de amor. ¡Cuántas esperanzas concibió! No veía obstáculos entre la heredera del condado de Puigcerdá y el heredero del condado de Gerona. Aplaudía en su interior los medios de que se había valido habiendo nacido el segundo para subir al puesto á que le impelia su ambición, y exclamaba rabioso:

—¡Ese primogénito tan celebrado, ese favorito de la fortuna, ese predilecto de mi madre, tenía todo en ventaja suya; la casualidad del nacimiento, el brillo del heroísmo, gracia, elegancia; empero yo, el desdeñado, yo, el humillado, segundón de esta altiva casa de Berenguer, tenía mi odio y mi genio de intrigas.

Soltó después una horrible carcajada y frotándose con satisfacción las manos:

—¡Ah, ah! exclamó, luchamos con armas iguales, poderoso príncipe! Recuerdo vagamente no sé qué sueño de la infancia... irritado contra mi hermano lo había cogido... lo arrojaba en un abismo... y de allí lo levantaban ensangrentado, pálido, sin vida... ¿Era esto acaso una revelación de mi destino? ¡Cúmplase este destino! ¿qué digo? ya está cumplido.

En aquel momento, de repente, cual si el cielo se hubiese encargado de destruir de un solo golpe los infames proyectos que fermentaban en la acalorada imaginación de Enrique, entró un escudero á anunciarle la llegada de un correo de Navarra.

Salió apresurado á recibirle creyendo fuese el portador de la noticia de la muerte de su hermano.

Trabajo y no poco le costó el creer la noticia de que era portador el mensajero que únicamente precedía á su hermano algunas horas antes, y el cual tornaba á Gerona después de haber desbaratado casi milagrosamente diversas asechanzas, en que se vio á riesgo su vida y de que solo pudo sacarle su ánimo y esforzado valor.

Veía en un momento disipados todos sus cálculos y que le habían vendido y hecho traición sus agentes.

Tenía pues, que volver á comenzar de nuevo su obra, y corrió con rostro alegre, pero con pesar profundo en el corazón, á reunirse á la pompa triunfal con que iba á ser recibido su hermano Alberto y que él hubiera deseado hubiese sido una fúnebre comitiva.

Pocas horas despues entraba Alberto en la ciudad de Gerona en medio de las mas vivas aclamaciones del pueblo, y llegaba á la escalera del palacio conal arrojándose en los brazos de sus padres, que experimentaron la mayor alegría al verle tornar bueno y salvo de su peligrosa expedición, y habiendo terminado felizmente un ventajoso tratado de alianza, que aseguraba la prosperidad de los estados del conde Berenguer.

Enrique abrazó á su hermano Alberto con las mayores muestras de ternura, empero cada halago que los condes de Gerona prodigaban á su primogénito, era un agudo puñal que se revolvía en el encenado corazón de Enrique.

Despues de la expansion familiar por la vuelta de Alberto, sus padres se ocuparon del proyecto de su union con Blanca, que tanto les interesaba y de que tanto le habian hablado en sus cartas. Alberto les juró que ninguna carta ni mensaje habia llegado hasta él, lo que hizo afirmarse á Berenguer en la sospecha de que esto era efecto de una traicion, y que esta partia desde el mismo palacio.

Alberto se estremeció al oír hablar de su proyectado matrimonio con la princesa de Puigcerdá, á la que no conocia, y la que le habia dicho el conde debia marchar el día siguiente á la casa de su padre, asegurándole que en cuanto la viese y la tratase no tendria necesidad de acudir á su obediencia.

Alberto reiteró á su padre su propósito de no pensar en casarse, prometiéndole sin embargo, que si juzgaba necesaria á la solidez y al brillo de su corona aquella union, estaba pronto y resignado á contraerla.

La frialdad con que Alberto habia recibido la proposición de su matrimonio con la hermosa doña Blanca, reanimó las esperanzas de Enrique, el que al verse luego solo con su hermano, le habló de la turbación que habia mostrado á la idea de su casamiento, y le preguntó la causa.

—Y bien, querido Enrique, voy á manifestarte esa causa, y á decirte todo. Si me has visto frío é indeciso á este proyecto de alianza, es porque mi alma se halla toda entregada á otro amor.

—¿A otro amor? exclamó vivamente Enrique. Habla, hermano mio, habla pronto, tú no puedes comprender el poderoso interés que tengo..... y reprimiéndose despues añadió..... en todo lo que te concierne.

—Dirás que soy un loco, que hago mal en alimentar esta pasión sin esperanza, por una desconocida, por un ángel á quien jamás volveré á ver sobre la tierra. Ayúdame á combatir una pasión que me ha seguido al campo de batalla y por doquiera, y que me matará con mas seguridad que todos mis enemigos.

—No lo permita Dios que yo combata una pasión tan pura y verdadera. ¿Yo oponerme á tu felicidad? Conóceme, hermano, mas bien te ayudaré á buscar á tu hermosa desconocida, si es preciso hasta lo último del mundo.

—¿Pero, y mi padre? ¿Le he de entristecer cuando tan alegre está con mi vuelta? ¿Le he de suscitar con mi negativa un enemigo poderoso?...

—No resistas abiertamente.

—¿Pues cómo?

—Blanca va á marchar mañana á la corte de su padre, así pues, empecemos por ganar tiempo, créeme.

—Pero temprano ó tarde será preciso decirme, y entonces, ¿qué hacer?

Enrique aproximándose á él, y con un tono insinuante y estudiando la sensación que podían causar sus palabras, le dijo:

—¿Qué hacer? Si yo fuese tan buen mozo y tan amable como tú..... si yo tuviese las seducciones de tu rostro y de tu palabra, y sobre todo, si no hubiese consagrado mi vida á las austeridades del retiro, tal vez habria un medio.

—¿Cuál? preguntó con ansia Alberto.

—Yo soy el que va á acompañar á Blanca á la corte de su padre..... á ti solo te conocerá por tu frialdad, y el hombre que trate de indemnizarla de tus desdenes si fuese un príncipe como tú, y de la misma sangre que tú.....

—Si, famosa idea, exclamó con entusiasmo Alberto, ¡un matrimonio en lugar de otro!

—Pero no, estoy loco, exclamó hipócritamente Enrique, el deseo de servirme me estravia..... ¡yo tratar de agradar, yo que jamás he dirigido en mi vida una palabra de amor á una mujer! no, no, ¡es imposible! ¡además consentiría nunca en ello el conde de Puigcerdá!

—El conde lo que quiere es una alianza entre nuestras dos casas. Está anciano: tú puedes ser el apoyo de su trono, mientras que á mi, mi deber es me encadenan en Gerona..... ¡nuestro padre mismo veria con alegría un establecimiento tan ventajoso para su hijo segundo! ¡Ah, Enrique! me has abierto un camino para salvarme.

—¿Es imposible! ¿qué se pensará de mí?

—Yo te defenderé contra toda odiosa sospecha, pues me habrás hecho un servicio inapreciable..... ¿vacilas todavía, Enrique?

—No, desafiare por ti la injusticia y la calumnia.

—Eso se llama hablar como un buen hermano.

Y se abrazaron tiernamente.

El hipócrita y disimulado Enrique volvió á ver reconstruirse en su ambiciosa imaginación, los proyectos de poder y de grandeza, que pocos momentos antes habia echado por tierra la inesperada vuelta de su hermano.

No debia de ser de larga duracion el gozo y la satisfacción de este malvado.

La hermosa doña Blanca debia marchar á Puigcerdá al día siguiente acompañada de Enrique con una corta y lucida comitiva, como lo habian dispuesto los condes de Gerona antes de la llegada de su hijo primogénito.

Al presentarse la hermosa jóven á Alberto, quedaron sorprendidos los condes de Gerona al ver que ambos se conocían. Al explicar la impresion que ambos sintieron al encontrarse, Blanca contó á la condesa Sibila que su hijo era aquel libertador de quien ella le habia hablado, y Alberto contó á Enrique que aquella noble doncella era su hermosa desconocida, cuya imagen llevaba tan profundamente grabada en su corazón.

Inmenso, terrible fué el movimiento de odio que sintió Enrique al ver desvanecerse nuevamente sus ambiciosos proyectos.

—Participa de mi alegría, hermano mio, decia Alberto á Enrique, que con rostro inmóvil disimulaba su furor. Ya tu abnegación es enteramente inútil, pero no por eso dejaré de agradecerla eternamente. Soy el hombre mas feliz del mundo, y reclamo el honor de acompañar yo mismo á mi futura esposa á la corte de su padre.

El conde de Gerona, Sibila, Blanca y Alberto, se hallaban enagenados de gozo. Los cortesanos seguian el impulso dado por sus señores.

Solo habia un hombre en cuyo pecho se agitaban violentamente todas las furias desencadenadas del infierno. Al quedar solo Enrique, hizo llamar á uno de sus principales agentes, á Testadura, con el que ya han hecho conocimiento nuestros lectores cuando lo vimos en la venta de Juana.

—Testadura, le dijo Enrique, tú me has engañado, mi hermano ha vuelto vencedor cuando yo lo creía ó muerto ó prisionero, y viene para casarse con la hermosa Blanca, para arrebatarme todos los bienes que yo contaba ya como míos.... me has engañado.

—El es el que nos ha engañado á todos. Su valor de león ha triunfado de todo. Reducido al extremo, ha hallado no sé dónde ni cómo nuevas fuerzas para romper las mas hábiles tramas.

—En lo sucesivo no me flaré mas que de mí mismo.... necesito para mañana seis hombres determinados, seis hombres resueltos á todo.... á todo.... ¿lo entiendes? ¿los tendrás?

—Conozco uno que él solo vale por seis, contestó el bandido, y le agregaré además otros cuatro.

—Que pasado mañana de madrugada al salir el alba se encuentren junto al paso de la barca del rio Ter, en el valle de Saguria.

—Allí estarán.

—Si te preguntan por cuenta de quien los alistas, les dices que por cuenta del duque de Puigcerdá, el padre de Blanca.

—Basta.

—¿Sabes, añadió Enrique, lo que te tengo prometido? Cuando sea conde de Gerona te cumpliré mi palabra.

Aquella misma noche prestando Enrique una repentina enfermedad, se acostó muy temprano, encargando á sus criados que á la mañana siguiente, encontráranle ó no le encontraran en el lecho, dijeran á todo el mundo que se hallaba enfermo, que tenia necesidad de descanso y que bajo pretexto ninguno permitiesen se turbase su sueño.

Necesitaba estar invisible para todo el mundo.

Antes de las doce de la noche Enrique habia salido secretamente del palacio de Gerona y abandonaba la ciudad, dirigiéndose al valle de Sagurias.

IV.

El rio Ter, que nace en la linea divisoria de los Pirineos, cerca del lago de Carenne, va aumentando su caudal con los diversos arroyos que descienden de las altas montañas inmediatas á su derecha y de las vertientes que por su izquierda se precipitan en él desde la cordillera que corre entre San Pau de Sagurias y Col de Canas.

En este punto se veía una cabaña de un pobre pescador, situada en las orillas del Ter. Allí estaba una pobre mujer ya entrada en años, componiendo las redes con que aquella misma noche debia pescar en el rio un hombre robusto, tostado por el aire y el sol, y que era hermano suyo.

Por su conversacion comprenderán en breve nuestros lectores quienes eran, pues que son antiguos conocidos nuestros.

—Ya es hora de marcharme, dijo el hombre á la mujer, hace muy buen tiempo y la noche promete una buena pesca. No creo que nadi piense en atravesar el Ter hasta mañana, además tú estás ahí.

—¿Es decir que me vas á dejar sola?

—¿Tienes miedo?

—No, desde que el conde Berenguer ha vuelto á Gerona, el país está mas tranquilo que antes, ¡qué triste vida la mia! ¿qué seria de mí á no ser por tí? Ya hace mas de diez años que mi marido me ha abandonado.

—¿Echas de menos á aquel borracho, perezoso?

—¡Ah, hermano mío! se habia enmendado mucho despues

de la muerte del niño Enriquito. Yo le habia decidido á enagenar nuestra venta para comprar otra mas grande y mas acreditada. Quería ser hombre de bien y parecia estar perfectamente conmigo, con su pobre Juana.... pero ya lo sabes, una avenida del Fluvia nos arruinó completamente en una sola noche. Destruida nuestra casa, Pedro se desesperó y se fué á buscar fortuna á Francia.

—Así debia de ser. Bienes mal adquiridos á nadie han enriquecido. Aquella casa la habia comprado con los mil ducados de aquel mercader á quien tan indignamente habia engañado, entregándole aquel bribonzuelo de Enrique en lugar de su hijo que aquel otro acababa de matar.

—Demasiada verdad es, pero fué muy á pesar mio, te lo juro....

—Lo sé.... en cuanto á tu Pedro habrá vuelto á su antiguo oficio de partidario y bandolero, y si ha muerto, como todo lo hace creer, habrá sido en lo alto de una horca.

—¡Ay Luis!

—¡Bueno! Te permito que reces por su alma, pero no te consiento que lo llores.

Y cogiendo sus redes y echándose las al hombro se entró en una barca que habia en el rio y se alejó hasta la otra orilla.

Nuestros lectores habrán ya conocido á Juana la que habia criado á los dos niños Enrique y Enriquito, y en el pescador á su hermano Luis.

Juana desde que su marido Pedro habia hecho tomar al niño asesino el lugar de su victima, habia pedido todos los dias perdon de aquel crimen al cielo, cual si ella lo hubiese cometido. Teníase por cómplice de él por haberlo tolerado sin tratar de repararlo. Acusábase de no haber hecho bastante diligencias para ello.... Pensaba tristemente cual podria ser aquella familia en que se habia introducido un extraño. Pensaba en qué se habria hecho de aquel cruel Enrique que ya debia ser un hombre...., y deseaba que aquel hombre fuese tan bueno y generoso, como odioso y malvado habia sido el niño.

En el momento en que despues de haber visto alejarse á su hermano en la barca, se disponia á volver á entrar en su cabaña, se le presentó colocándose delante de su puerta un hombre embozado en una ancha capa, y cubierto el rostro con un antifaz.

Retrocedió aterrada Juana, exclamando:

—¿Dios mío! un hombre enmascarado!

—No temais nada, contestó el hombre, procurando tranquilizarla, mi seguridad me obliga á viajar de esta suerte. ¿Cómo se llama este país?

—El valle de San Pau de Sagurias.

—¿No vive aquí el barquero del Ter?

—Sí, señor, pero acaba de irse á pescar y no volverá hasta mañana.

—¿Con qué es decir que por esta noche no hay barca para pasar el rio?

—Sí, señor, tenemos otra.

—¿Otra?... ¿una sola? ¿Y dónde está?

—Allí, detrás de aquella roca.

—Bueno, yo la tomo.

—¿Para pasar de seguida?

—De seguida ó mas tarde, como me dé la gana. Poco te importa que esta barca quede por mia esta noche y no te cuides de lo demás. Te pago su valor. Toma. Y al mismo tiempo sacó un puñado de oro de la escarcela que llevaba pendiente de su cinturón, añadiendo despues, ¿estás contenta?

—Contentísima, señor; pero.....
 —Nada de preguntas. Ve á disponer algunos jarros de vino para los compañeros que aguardo.
 —Os daré todo cuanto tenga, porque esto no es ni venta, ni posada.

Salió Juana asombrada, pensando en quien podría ser aquel hombre misterioso, en quien sin duda habrán adivinado nuestros lectores al príncipe Enrique que venía allí á sorprender el paso de la hermosa doña Blanca á quien venía acompañando Alberto lleno de amor y de felicidad, y muy ageno de la terrible asechanza que le preparaba el pérfido Enrique.

Al poco rato se presentó allí el aventurero Testadura, disfrazado de oficial de las tropas del conde de Puigcerdá, mirando en derredor suyo como el que busca alguno. Enrique quitándose la máscara que cubría su rostro, se descubrió á él y le dijo:

—Yo soy el que buscas. Estoy solo, puedes hablar.

—He seguido puntualmente vuestras instrucciones. Me he presentado al príncipe vuestro hermano como un enviado del conde de Puigcerdá, y me ha admitido en su comitiva. Ahora mismo queda en Molló, y yo le he ofrecido adelantarme y venir á las orillas del Ter para asegurarme de que hay una barca dispuesta para el paso de toda la comitiva.

—Ya he tomado yo esa barca..... La echamos á pique si es preciso..... ¿Le llevas mucha delantera?

—Una hora escasamente.

—¿Dónde están los atrevidos compañeros que me prometiste?

—Muy cerca de aquí, señor; pero el jefe de la banda no quiere hacer ni comprometerse á nada sin hablar primero con vos.

—Entonces que venga al instante, contestó Enrique volviendo á cubrir su rostro con el antifaz.

Dió Testadura tres palmadas, y dirigiendo su voz hácia unas rocas inmediatas, gritó con voz fuerte:

—Por aquí, Pedro, por aquí.

Salió de entre las rocas Pedro, el antiguo ventero y bandido, y que había vuelto á su conocido oficio.

Testadura se puso á vigilar para que no sorprendiese alguno á Enrique en la conferencia que iba á tener con Pedro, y dirigiéndose á éste le preguntó:

—¿Te han dicho ya de lo que se trata y lo que tú y tus camaradas teneis que hacer?

—Robar á una jóven á la escolta que debe traerla aquí.

—Y herir de muerte..... añadió Enrique, de muerte, lo entiendes, al jóven caballero que la acompaña.

—Está entendido. Que seais un amante celoso, un marido ofendido ó un defensor de la inocencia, maldito lo que á mí me importa. Esa es cuenta vuestra. Pero á todo esto hay algunas pequeñas dificultades.

—¿Cuáles?

—Segun lo que me ha dicho el amigo Testadura, la comitiva se compone de ocho hombres, sin contar con el jóven caballero, y nosotros no somos mas que cinco. Casi dos contra uno.

—¿Tienes miedo? Me habian dicho que valias por seis.

—Segun y conforme.

—¿Cómo segun y conforme?

—Eso es, cuando la recompensa está á la altura del peligro.....

—Es decir que si te se da seis veces la cantidad prometida.....

—Tendré seis veces mas resolucion; esa es una proporcion aritmética.

—Toma, pues, dijo Enrique, sacando de su escarcela una bolsa llena de oro.

Recibióla Pedro haciendo una profunda y respetuosa inclinacion diciendo:

—Veo que su señoría entiende perfectamente los negocios.

—¿Con que está cerrado el trato?

—Todavía no.

—¿Cómo?

—No tengo interés alguno en conocer el nombre del caballero de quien habeis de deshaceros; ese es negocio vuestro; únicamente que antes de poner manos á la obra me gustaria saber por cuenta de quien trabajo.

—Testadura ha debido decirtelo.

—Sí, pero eso no me basta.

—¿Cómo! ¿con que desconfias de mí?

—Pues ya que me lo preguntais os diré que sí, mi querido amigo. Sí, señor, me interesa saber con quién estoy hablando. Cuando uno se pascas enmascarado por las orillas del Ter, debe de ser por una de dos cosas.

—¿Por cuáles?

—O por temor de que le piquen en la cara los mosquitos, ó por el de que mas tarde pueden reconocerle.

—Puedes escoger de las dos la que te dé la gana, contestó el enmascarado con tono desabrido, añadiendo despues: eres un bribon imprudente.

—Oídme, se me paga para ser prudente. Hace diez años que renuncié á mi oficio de aventurero, de bandido, en el que aprendí mucho, y á desconfiar de los que nos empleaban y luego querian deshacerse de nosotros; conocereis que ahora mas viejo y experimentado al volver á coger el puñal, tengo el derecho de gritar: ¡Fuera máscaras!

—Nada tienes que temer esta vez, y puesto que es preciso decirtelo, trabajas por cuenta del conde de Puigcerdá.

—Conozco al conde. En otro tiempo he trabajado por él: ¡mal parroquiano! En lugar de pagarme quiso hacerme ahorcar.

—Ahora has recibido tu paga adelantada.

—Cabalmente. ¿Qué órdenes teneis que darme?

—Testadura te las comunicará. Entretanto cuida mucho de que nadie te vea.

Pedro corrió de nuevo á esconderse en el hueco de las rocas de donde antes había salido.

Enrique, dejando á la puerta de la cabaña del pescador á Testadura, meditaba si convendría dividir la escolta de Alberto para el rapto, y pasó á la otra orilla del rio para sustraer la barca á sus pesquisas. Encargó á Testadura que tuviese un buen caballo dispuesto, en el que pudiese volver corriendo á Gerona, para encontrarse allí antes de que amaneciese, y pudiese tenerse noticia de la catástrofe de que parecia iba á ser teatro el valle de Sagurias.

Testadura continuaba paseándose delante de la cabaña, cuando vió llegar hácia allí un grupo de hombres que juzgó al pronto ser los de la escolta que acompañaba á Alberto y á Blanca. Causóle no poca admiracion el ver allí á Olesa, uno de los mas fieles servidores del conde Berenguer, y el que no había salido con ellos de Gerona, y así no pudo menos en su sorpresa de preguntarle á Olesa la causa de su presencia.

—Me he incorporado con Alberto, le contestó, por órden de su padre. Informado de que vagaban por estos sitios algunos aventureros, ha querido reforzar la escolta del